

Estas comparaciones tienen una importancia extraordinaria ya que constituyen el primer eslabón del pensamiento abstracto. Al comparar dos objetos y decir "el tuyo es más pequeño que el mío" se ha establecido una relación que va más allá de lo que es directamente observable. Observamos el primer objeto y vemos un tamaño, observamos el otro y vemos otro tamaño, sin embargo la relación es más pequeña que no está en ninguno de los dos objetos sino en la mente de quien los ha puesto en relación. Por otra parte, la relación ser más pequeño que se puede aplicar a otras parejas de objetos con lo cual se inicia la elaboración de un lenguaje que será progresivamente más abstracto y potente.

Cuando las comparaciones directas no son posibles, surge la necesidad de utilizar un instrumento que sirva de intermediario en la comparación, por ejemplo una cuerda para comparar la longitud de dos paredes o contar el número de baldosas. Son dos estrategias distintas, una más elaborada que la otra, pero que suponen un salto cualitativo importante respecto de la comparación directa.

Es importante asegurar que se trabaja con distintas magnitudes, ya que unas y otras resaltan aspectos distintos de la cantidad; equilibrar una balanza, por ejemplo, ofrece la posibilidad de experimentar y reflexionar acerca de la igualdad de magnitudes de una forma muy viva; al mismo tiempo plantea problemas perceptivos y permite muy fácilmente la experimentación y el uso de unidades no convencionales.

Entre las magnitudes, el tiempo merece una atención especial, a los niños les interesa y al mismo tiempo les resulta imprescindible situarse en el tiempo. Situarse en el tiempo requiere ya una mínima estructuración de las relaciones, no es suficiente la simple relación entre dos objetos sino que es preciso utilizar puntos de referencia y encadenar varias relaciones. Las estructuras cíclicas que organizan el tiempo en términos como mañana-tarde-noche, los días de la semana, las estaciones del año, etc., conducen a una estructura común y más abstracta: antes-ahora-después, sin la cual el pensamiento no sería posible, y que sólo surge como consecuencia de coordinar varias relaciones.

■ EN RELACIÓN A LA CANTIDAD QUE EXPRESAMOS CON NÚMEROS

El cumpleaños de un niño de la clase, por ejemplo, puede desencadenar interés por los números. Al preguntar ¿cuántos años has cumplido? un niño de tres años enseña los tres dedos centrales de la mano; en este momento el tres para él tiene simplemente un valor distintivo, es decir, sirve para diferenciar a los niños que ya tienen tres años de los que todavía no los tienen. Si los años que cumple son cinco el tejido de relaciones en torno al tema habrá aumentado considerablemente, tendrá probablemente una percepción del tiempo que le permitirá intuir la duración de un año, así como muchísimas más referencias para comprender la ordenación de la serie numérica. En este caso el cinco no será tan sólo un distintivo sino una forma de expresar orden de manera que podrá reconocer que el niño que tiene cuatro años es un poco más pequeño que el que tiene cinco y que el único que tiene seis años es el mayor de la clase.

Todos los días se presentan situaciones parecidas a la del cumpleaños. Por ejemplo: al repartir caramelos e intentar que todos tengan la misma cantidad, al mirar los niños ausentes de clase un día determinado, al contar cuántos niños se sientan en una mesa para